

Una Izquierda para (casi) Todos

*Dr. Agustín Basave Benítez**

¿Es posible una izquierda para todos o debo ofrecer disculpas por la apostasía? ¿Es viable en México una socialdemocracia incluyente, una que pugne por contrarrestar las desigualdades más allá de la lucha de clases? ¿Qué tanta dosis de conflicto es realmente necesaria y eficaz para empujar esa agenda? Y antes de cualquier otra cosa, ¿qué rayos es hoy eso que llamamos izquierda?

A las viejas categorías las arrastró el derrumbe del socialismo real. Y es que no hay geometría política que resista la asimetría, y en la flamante aldea global no cabía todo el espectro ideológico. Por eso, cuando las autoridades *globaldeanas* decidieron cortarlo a la mitad para quedarse con el tramo que va del centro a la derecha, faltó tinta para publicar las esquelas. Ahora es políticamente incorrecto decir que alguien o algo es de izquierda o de derecha. El castigo es la descalificación sumaria: categorización anacrónica, etiquetas nebulosas, referentes cambiantes e inasibles. Quien porfía en emplear los términos sin comillas corre el riesgo de ser acusado de falta de rigor conceptual. Por obvias razones -- fueron sus adversarios los que inventaron la terminología, y no precisamente para enaltecerlos-- la acusación suele provenir de aquellos que fueron o son calificados de derechistas. Y algo de razón les asiste, porque ha crecido un rastrojo semántico alrededor de esas dos palabras que obliga a precisar su significado. Pero una vez hechas las precisiones la distinción sigue siendo útil y válida.

Lo primero que hay que precisar es que, en este caso, origen es destino. La precursora es la Revolución Francesa, y quienes se sentaban a uno u otro lado no representaban cualquier cambio o conservación ni preferencias de “moralidad social”, sino deseos de menor o mayor desigualdad. Bobbio tenía razón. Ciertamente, hay en buena tesis varias izquierdas y varias derechas, pero todas las versiones de cada uno de los flancos tienen sendos comunes denominadores. Se trata de las mismas viejas prioridades de justicia social y libertad individual. Hoy, claro está, el debate ya no es en blanco y negro. El tiempo ha puesto color a las cosas y ha acercado las posiciones de las partes, de modo que los izquierdistas ya no aceptan la asfixia individual en aras de la justicia y los derechistas ya no justifican la miseria colectiva en su afán de defender la libertad. Ambos proclaman la necesidad de construir y conservar sociedades justas y libres, y en términos discursivos nadie se atreve a menospreciar ninguno de los adjetivos. Pero la verdad es que, deslavadas y todo, las diferencias siguen existiendo: cuando es imperativo optar, las izquierdas favorecen la equidad a costa de la individualidad y las derechas privilegian la individualidad por encima de la equidad.

* Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Oxford y Maestro en Administración Pública y Políticas Públicas por la Universidad de Purdue, Estados Unidos. Presidente del Consejo Consultivo del Frente Amplio Progresista y Profesor de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Con todo, para distinguir a una persona de izquierda en la actualidad es menester hacer un análisis casuístico. Los antiguos posicionamientos categóricos han dado paso a planteamientos más sutiles y graduales: ¿cuánta desigualdad social es aceptable?; ¿hasta dónde debe dejarse operar al mercado sin intervención del Estado? Y las respuestas a esas preguntas abstractas se dan en torno a proyectos legislativos o políticas públicas específicas. Vamos, hasta podría pensarse en elaborar un método de evaluación cuantitativa con algún indicador capaz de medir el grado de “izquierdismo” a partir de la postura adoptada frente a cada tema (y en ese contexto el centro, cuya existencia sigue siendo negada por algunos, es perfectamente concebible). Pero los parámetros han cambiado por la derechización del mundo y la izquierda se ha corrido hacia el lugar donde antes estaba el punto medio.

Existe, no obstante, un sustrato de diferenciación del que poco se habla. La izquierda nace de una indignación y la derecha de un cálculo, y por eso la primera suele estar más impregnada de pasión que la segunda. Debo aclarar que me refiero a la disputa entre sistemas económicos más que entre credos políticos. Un defensor de la democracia y los derechos humanos en la órbita soviética podía ser tan romántico como el Che Guevara, pero no me imagino a un defensor del libre mercado dando su vida por la ley de la oferta y la demanda. Si bien hay quienes creen fervientemente y de buena fe en las bondades del Estado Guardián, me parece que la mayoría de sus panegiristas se mueven por intereses más que por sentimientos. Y aunque no todos los izquierdistas son idealistas ni todos los derechistas son pragmáticos, sí hay a juicio mío una mayor dosis de quijotismo en la izquierda que en la derecha. Perdóneseme un planteamiento reduccionista: no sé cuál fuerza propulsora sea más poderosa, si el apasionamiento altruista o el egoísmo taimado, pero sí sé que en el Siglo XX la derecha tuvo la gran ventaja de pelear la guerra fría guiada por un mayor pragmatismo y un menor dogmatismo que mucha falta le hicieron a la izquierda.

La socialdemocracia europea se desprendió del marxismo, y el término no es retórico. Sufrió un auténtico desprendimiento, un quiebre que le permitió rechazar la violencia como medio para llegar al poder y abrazar el estado de derecho liberal, con todas sus consecuencias. Su profesión de fe democrática no fue una estrategia de lucha sino una nueva convicción. En América Latina, en cambio, junto a quienes siguieron el mismo camino de los socialdemócratas de Europa, hubo por un lado quienes abandonaron la guerrilla pero no su vocación y por otro quienes abandonaron su vocación para anhelar una guerrilla. Los primeros reemplazaron su clandestinidad personal por la clandestinidad de sus deseos y los segundos decidieron sacar su rebelión del armario. Nada de malo habría en ello si no fuera porque el valladar que separaba a ambos de la preconización del conflicto no estaba hecho de convencimiento sino de aceptación a una inviabilidad que juzgaban temporal. Su indignación contra la injusticia social, tan válida como admirable, conservó la emotividad de su respuesta y la esperanza de estar algún día en condiciones de romper por la fuerza la estructura de un sistema explotador.

Esa mezcla de actitudes prevalece en México. Nuestra izquierda democrática parece haber detenido su viaje a medio camino: dejó atrás la vía armada pero no ha llegado a asumir incondicionalmente la vía electoral. Da la impresión de que halló un paraje que le sienta bien, el del amago de insurrección social que sustituye las armas por la movilización para bloquear, desde el filo entre legalidad e ilegalidad, el gobierno de su adversario. La idea es

vieja: puedes gobernar siempre y cuando atiendas mis demandas y respetes mi poder popular. Para muchos radicales y ex radicales se trata de un justo medio aceptable que no es subversión pero tampoco es claudicación. Porque allanarse sin reservas a los dictados de la ley, de esa ley que suele favorecer a sus enemigos, sería para ellos rendirse. En cambio, esa ambivalencia les permite ser fieles a su convicción opositora y ejercer presión para solucionar carencias y rezagos que de otro modo serían ignorados.

He aquí la encrucijada: decidir hasta dónde llevar la presión social y desde dónde ofrecer soluciones por la vía gubernamental o legislativa. No basta decir que se pueden combinar ambas cosas dentro de la legalidad; hay que agregar que no conviene quedarse en la indefinición. Movilizar a la sociedad es imperativo en situaciones límite, cuando el poder político y los poderes fácticos pisotean la ley para perpetrar una injusticia. Pero la estrategia política que privilegia el abanderamiento de causas y la movilización sistemática de las bases está peligrosamente cerca del clientelismo. Las manifestaciones y reclamos públicos que perjudican a terceros, si bien suelen ser eficaces para arrancar de las autoridades beneficios para quienes menos tienen, también alejan a muchos electores. Consolidan el voto duro pero erosionan el voto blando y rara vez pasan un análisis de costo-beneficio electoral. Sobreexplotar la protesta y subestimar la propuesta ayuda a consolidar una minoría con fuerza para generar ingobernabilidad, pero también merma el esfuerzo de construir una mayoría electoral para gobernar el país. Si lo que se quiere es ser oposición y desde ahí servir a una clientela minoritaria, están bien; si el objetivo es ser gobierno y resolver como tal los problemas de las mayorías, hay que cambiar de dinámica. Son dos lógicas distintas.

Una socialdemocracia mexicana no podría darse el lujo de reducir sus diferencias ideológicas con la derecha a temas de moralidad social, de medio ambiente o de política exterior. En México sería absurdo que un partido socialdemócrata aceptara tal cual el modelo económico y social globalmente correcto y no se distinguiera de sus adversarios conservadores o neoliberales en su visión del combate a la desigualdad. Si en el primer mundo se siente ya la resaca de las recetas del *establishment* financiero internacional, con mayor razón ha de cuestionar nuestro izquierdismo ese repliegue del Estado que tan malos resultados ha dado en los países latinoamericanos, mucho más desiguales que los europeos. Así que quienes aquí claman por una izquierda moderna y creen que eso significa que el Frente Amplio Progresista (FAP) decida apoyar, por ejemplo, la privatización del sector energético, muestran un profundo desconocimiento de nuestra realidad. Por eso no es pertinente descontextualizar la modernización. Soy el primero en pedir que nuestra izquierda se modernice, pero no se le puede exigir que lo haga soslayando la submodernidad en que viven millones de personas a las que representan o aspiran a representar. De hecho, modernizarnos presupone integrarnos: ensamblar en un solo país al México globalizado y beneficiario de la riqueza y los avances científicos y tecnológicos con el México rezagado y aislado del progreso global. El desafío es nivelar y equilibrar nuestra superficie de tal modo que nadie se hunda en la injusticia. Este es el mejor proyecto de nación de una socialdemocracia mexicana: crear las esclusas sociales que permitan que todos transitemos por el mismo canal.

Para lograr eso, sin embargo, es imperativo superar la visión conflictista. Nuestra izquierda democrática viene de circunstancias en las que nada le era posible sin confrontar al sistema hasta el borde de la violencia. Sus conquistas fueron arrancadas al gobierno en esa lucha;

no fueron el producto de concesiones graciosas ni de triunfos legales. Y la inercia de ese pasado la lleva a veces a continuar actuando como si nada hubiera cambiado. Estamos lejos del paraíso terrenal, sin duda, pero en la actualidad existen en nuestro país nuevas leyes e instituciones y sobre todo una nueva sociedad que hacen menos necesario el enfrentamiento para defender las causas justas e incluso para llegar al poder. La izquierda tiene que aprender a aprovechar las opciones que da esa nueva realidad, aun para transformarla. Y para ello le es imperativo acatar cabalmente el Estado de Derecho por convicción y no por estrategia y admitir sin ambigüedades que el único camino para perfeccionarlo es el legal e institucional.

El dilema de la izquierda mexicana es decidir de una vez por todas si cree que la democracia puede conducir a una sociedad justa. Y no me refiero a una democracia abstracta, definida de acuerdo a los parámetros de un pueblo que puede desconocer sus propias reglas, sino a la democracia realmente existente, la que se enmarca dentro del pluralismo liberal y funciona mediante la competencia entre partidos políticos que respetan la Ley. Si la decisión es que sí, que se cree que ese orden permite construir el tipo de país que queremos, entonces es posible una izquierda para (casi) todos. Y esa izquierda ya no buscaría agudizar las contradicciones sino reclutar más abogados y respaldar a representantes populares más prestos a plantear soluciones a los problemas de la gente que a tomar tribunas o edificios públicos. Ampliaría más allá de coyunturas el voto duro de los enojados con la clase media y los esperanzados, y cambiaría su discurso y sus acciones.

Estoy convencido de que se equivocan quienes creen que el Frente Democrático Nacional/Partido de la Revolución Democrática (PRD) se debilitó porque rechazó la violencia en 1988 y apostó por la vía legal; perdió votos porque se quedó a la mitad del camino, actuando dentro de las instituciones pero oponiéndose sistemáticamente a las iniciativas de los demás partidos, con pocas iniciativas en el Congreso y muchos pleitos en las calles. Andrés Manuel López Obrador le dio a la izquierda la mayor votación de su historia no porque se haya dedicado a desquiciar el tráfico sino porque hizo obras en vialidad y transporte para lograr justamente lo contrario. Fue un excelente candidato porque fue un Jefe de Gobierno responsable y eficaz que ayudó a los pobres sin espantar a los demás con beligerancias gratuitas.

Eso es lo que a mi juicio necesita México: un Frente Progresista que impulse una agenda contra las desigualdades que sólo vaya en detrimento de las desigualdades mismas. Un polo socialdemócrata cuyos enemigos sean los corruptos de todos los sectores que alientan la complicidad entre los poderes fácticos y el gobierno. Una izquierda que defina sus fines con la pasión y sus medios con la razón, y que en vez de afianzar una minoría capaz de hacer ingobernable un país injusto, construya una mayoría con el poder para hacer justo un país gobernable. Una izquierda idealista pero sagaz, congruente pero propositiva, realista pero contemporánea. Una izquierda que no confunda heroísmo con congruencia, dignidad con derrota ni lucha social con oposición empedernida. Una izquierda, en suma, que entienda que la racionalidad puede a veces resultarle dolorosa pero nunca le será ineficaz.